

**John D.  
MacDonald**

**La  
superviviente**



Cuando un yate explota en las Bahamas, matando aparentemente a seis personas, Sam Boylston, un abogado de Texas e hijo de una de las víctimas, se empeña en investigar las circunstancias, al igual que el periodista Raoul Kelly.

Después del desastre, el capitán del yate siniestrado se ha retirado temporalmente a una pequeña isla, y pronto resulta evidente que alguien está manipulando los hechos de forma despiadada. Pero para Boylston y Kelly demostrar la culpabilidad parece imposible...

Todos los personajes de este libro son ficticios,  
y cualquier parecido con personas vivas o muertas  
es pura coincidencia.

*Dedico esta novela a Travis McGee, que me prestó inapreciable ayuda y que fue un gran estímulo para mí.*

El extremo terror nos devuelve los gestos y acciones de nuestra infancia.

CHAZAL

## CAPÍTULO PRIMERO

En la pequeña fiesta de despedida que tuvo lugar en el Club Náutico de Delmar Bay, Kip y Selma dieron a Howard y a Junie Prowt una pequeña placa de metal para que la fijasen en uno de los mamparos del *HoJun*. La inscripción decía: *¡Oh, Señor, tu mar es tan inmenso y mi barco es tan pequeño!*

Arranquese el papel posterior y apriétese el dorso, engomado, de la placa, a cualquier superficie lisa y limpia.

En medio del Gulf Stream, a las diez de la mañana de un hermoso día de mayo, con el cielo azul y sin nubes aunque con viento, Howard Prowt, que se hallaba en el puente de su barco de treinta y cuatro pies de eslora, sabía en qué rincón exacto y en qué cajón había guardado el regalo, y luchaba contra el absurdo impulso de bajar a buscarlo, desenvolverlo y colocarlo.

Las empalizadas y las torres del Fuerte Lauderdale se veían en el horizonte, a popa. Howard Prowt había trazado con toda exactitud los planes para su viaje, tal como le enseñaron en las clases de Power Squadron, corrigiéndolos después adecuadamente para derivar hacia el norte del Gulf Stream, con las desviaciones normales de la brújula. Había calculado la hora de llegada a Bimini sobre la base de 2.300 revoluciones por minuto de sus motores gemelos de 150 caballos. Había salido del muelle 66 a las ocho y media de la mañana, pasando junto a la boya a las nueve menos catorce minutos. Once minutos después de las doce, el *HoJun* debía llegar al canal atravesando la barra exterior del puerto de Bimini.

Nadie le había dicho cómo ocurriría ni qué sensaciones tendría. Éste era el inconveniente. Sólo le dijeron que aquello podría ponerse algo difícil en el Stream. Pero no le hablaron en absoluto de la singularidad, la soledad, el raro color azul y la fuerza de la corriente. Había indiferencia, falta de interés por él y por su pequeño barco. Y aquello cambiaba el aspecto de las cosas.

Howard Prowt siguió consultando las esferas, comprobando la presión del aceite, la temperatura y las revoluciones por minuto y comparando las indicaciones del piloto automático con las de la brújula. Después, permaneció, con la mente vacía, contemplando fijamente el agua, en espera del próximo vaivén del casco, preparado para la embestida de las olas que rompían, deshaciéndose en blanca espuma, a ambos lados de la proa del barco.

«Es un buen día para atravesar el canal —se dijo—. Ni hecho intencionadamente».

El *HoJun* había demostrado ser fuerte, estable y merecedor de confianza, en todos los otros lugares a los que lo había llevado desde que aceptó su entrega, en el mes de noviembre anterior.

Había parecido un barco de gran tamaño cuando estaba amarrado en el dique posterior de Heron Bayou, y sus medidas no resultaron tampoco despreciables en la dársena para embarcaciones del Club Náutico, junto a los yates. Howard había comprobado con exactitud cómo su barco respondía a todas las variantes del viento y de las mareas, poniendo todo su orgullo en el suave toque dado a las válvulas de los motores, gracias al cual lograba arrimarlo tanto al muelle que Junie, colocada en proa, podía pasar a tierra con la maroma, pasando luego la argolla por un noray. Había hecho varias travesías cortas y una larga hasta Stuart atravesando luego el lago y bajando por el río hasta Fort Myers, bajando también después por la costa del golfo hasta Marathon y volviendo al punto de origen por las bahías de Florida y de Biscayne. Le había hecho doblar al-

gún difícil cabo del golfo gobernándolo luego a través del agitado mar que se extendía del otro lado. Cuando marcaba la ruta, comprobaba siempre dos veces el rumbo a seguir y, al ver aparecer entre la niebla del mar los puntos de referencia, tenía la satisfacción de ver que no se había equivocado.

Pero aquella vez no era lo mismo. Todo, a su alrededor, parecía fingido. Aquel mar no era el mismo que su mujer y él habían contemplado, dos años antes, desde el puente de recreo de un pequeño barco italiano que les había llevado a través del Caribe, hasta Curasao.

Entonces, apoyados en la barandilla, contemplaban el mar mirando hacia abajo. Pero este mar de ahora se alzaba, se levantaba en enormes olas más altas, a veces, que su línea de visión del puente, y una de cada diez se coronaba de blanca espuma cuya parte superior el viento hacía caer, recortada sobre el increíble azul cobalto del cielo. Howard tensaba el estómago cada vez que el *HoJun* parecía vacilar antes de levantarse en un vaivén. Por encima de las sedosas montañas de agua, podía ver, en una extensión de muchas millas, las olas que rompían al azar por todas partes. Después, el barco se inclinaba aplastando ruidosamente el agua mientras crecía el rumor de los motores gemelos y se deslizaba por la otra vertiente de la enorme ola, hasta llegar a un punto desde el cual Howard no podía ver más allá de cincuenta pies, en cualquier dirección que mirase. El barco hundía profundamente la proa en el agua enviando líquidas oleadas contra el parabrisas de la casita del piloto y contra el cristal que protegía el puente.

Howard Prowt se mantenía firme, a pesar del balanceo, diciéndose que, sin duda, no se trataba de un dramático cambio del tiempo, amenazador de muerte. Era sólo lo que le había predicho aquel hombre del muelle 66: «El viento le sacudirá y le hará ir muy despacio, Mr. Prowt. Estará en alta mar, hacia el Este, dentro de una hora, y un par de puntos al Nordeste cuando haya salido del Stream.

El mar estará algo movido, pero no demasiado. Pero, tan pronto como haya hecho todo el camino hacia el Norte, el parte meteorológico, que abarca cinco días, dice que quizá pasarán tres o cuatro antes de que el tiempo vuelva a ser como para querer navegar. Zarpe ahora, que le irá bien. No hay tiempo de que el Stream se ponga feo. Yo diría que tendrá usted una tarde bastante fresquita, con brisa de diez nudos. Un día bonito para atravesar el canal».

Pero nadie le había hablado de la absoluta indiferencia de aquellas olas y de cómo convertirían al *HoJun* en una especie de juguete pequeño y a su dueño en un niño bobalicón que había querido jugar a ser capitán.

Escuchando la radio del barco, no pudo oír nada más que una charla nasal e indiferente acerca de caza y de pesca en una de las emisoras, a la Marina de Miami haciendo llamadas telefónicas en otra y un silencio absoluto en el canal de Emergencias de Guardias de la Costa.

«Uno de esos golpes de ola producirá un escape de gas, y uno de los motores se parará, y las chispas que saldrán del otro encenderán el gas que habrá llenado la sentina. O una batería se desviará y soltará uno de los cables, y se pararán los dos motores. O se abrirá una grieta en el casco, y entrará más agua de la que puedan sacar las bombas de achique».

Un doloroso calambre abdominal le hizo encogerse sobre sí mismo y proferir Un gemido entrecortado. Era una buena época para ingerir alimentos envenenados. ¿Tal vez la langosta de la noche anterior?

Y, ¡oh Dios mío!, por allí venía una ola aún mucho más alta que las demás.

El barco se encabritó y después cayó desde la cresta de la ola, con unos incómodos movimientos de sacacorcho, deslizándose hacia abajo del azul promontorio y hundiendo con un chasquido la proa en el agua a bastante profundidad para enviar, por la fuerza del choque, raudales de agua sólida a lo largo de los puentes laterales.

«Pero, ¿qué demonios estoy haciendo aquí?».

«Creo, querida mía, que en mayo iremos a las Bahamas. Di a Kip y a Selma que vengan con nosotros. Estaremos de viaje un mes entero. Quizá lleguemos hasta Eleuthera. ¿Qué te parece?».

Cuando se tiene un barco lo suficientemente grande para ir a las Bahamas, cuando se vive tan cerca de ellas, cuando tal vez el año siguiente le hagan a uno capitán de yate del Club Náutico de Delmar Bay, uno va a las Bahamas. Porque, si no va, la gente cree que uno es incompetente o poco decidido.

«De manera que soy muy poco decidido —pensó—. Aquí vienen las embarcaciones de fuera borda. Hacen regatas desde Miami hasta Nassau, cuando el mar está más movido que ahora. Cualquier barco tiene un importante factor de seguridad, y éste era nuevo hace seis meses. Pero el caso es que pasé junto a aquella boya sintiéndome un Horacio Hornblower, y en este momento no soy más que un asustado tendero retirado, de Moline, que se encuentra perdido en medio de esta revuelta indiferencia azul, a la que no le preocupa lo más mínimo que me hunda, que el barco haga explosión o que yo me salga con la mía».

«Siempre quise tener un yate».

«¡Señor, sólo te pido que me hagas llegar allí!».

En aquel momento, Junie, luchando por mantenerse en equilibrio, se acercó a él y se cogió de su brazo, sobresaltándolo. Después, tambaleándose, se alejó, dando un jocosos grito de espanto, se agarró al asiento del piloto, se dejó caer en él y sonrió a Howard. Su sonrisa era ancha e impersonal y Sus ojos grises no parecían enfocar bien. Tenía el cabello, de color rubio oscuro, despeinado y mojado de agua de mar, y estaba tan pálida y descolorida, bajo el bronceado del sol, que su cutis ofrecía un extraño matiz de azafrán. Se le había puesto piel de gallina y parecía un pollo desplumado.

Howard se dio cuenta de que estaba a un tiempo mareada y aterrorizada, pero que, por puntillo y por valor, se esforzaba en disimular ambas cosas. Pero el terror que sentía era, sin duda, más fuerte que el mareo, porque había subido a pesar de que detestaba los vaivenes del puente hasta el punto de no ir por allí más que cuando el mar estaba absolutamente en calma.

«Esto no es para ninguno de los dos —se dijo Howard—. Es algo que no nos sienta, es una especie de equivocación. Junie es una vieja ama de casa, una madre de Moline, de cincuenta y ocho años de edad y, desde que nos trasladamos aquí, se ha puesto a régimen, ha hecho ejercicio, se ha compuesto y se ha acicalado, se ha cocido al sol hasta tostarse bien, se ha teñido de rubio el pelo gris, lleva esa ropa de día de fiesta y hasta habla de una manera que dejaría con la boca abierta a la plácida matrona de Moline de hace dos años. Pero, para nosotros dos, todo esto es fingido... Somos un par de locos sacados de un anuncio de revista de yates, embaucados para representar aquí un papel que, de pronto, se ha convertido en realidad».

—¿Se ha puesto peor la cosa, querido? —le gritó Junie, por encima del ruido del viento, del mar y de los motores.

—Está más o menos lo mismo que antes. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, un poco mejor.

Seguía sonriendo impasible, a pesar de que miraba fijamente ante ella.

«Los depósitos de combustible están llenos —pensó Howard—. Los depósitos de agua están también llenos. Y luego hay ese maldito par de toneladas de provisiones que subimos a bordo y que almacenamos aquí. El barco va más hundido en el agua de lo que nunca ha ido, y justamente hemos tenido que encontrarnos con esto».

Se impuso el deber de comprobar cómo estaban de llenos todos los depósitos y lo hizo con el ceño fruncido y la expresión de un verdadero lobo de mar.

—¿Hay algo que no funciona? —le volvió a gritar Junie.

Ya no sonreía. Tenía los labios apretados y exangües. Parecía, de pronto, una mujer vieja, muy vieja, vestida como para interpretar un papel ordinario de ingenua.

—¡No hay ni una maldita cosa que no funcione como es debido!

—No tienes por qué gritarme, Howard. Quiero decirte que... no entiendo nada de motores y de todas esas cosas, pero me parece que..., que la cosa se está poniendo cada vez peor.

Su marido le dio unos golpecitos en el hombro.

—Todo va bien. Muy bien.

—¿Será..., será así todo el viaje?

—ESTAMOS ATRAVESANDO EL GULF STR...

Howard se contuvo y cambio de tono:

—Querida, ésta es la *única* parte difícil de la travesía.

—Si no estás nervioso, ¿por qué contestas con tan mal humor?

—No estoy nervioso. No estoy de mal humor.

Se preguntó si la cosa habría sido distinta, si hubiera sido mejor, en el caso de que Kip y Selma hubiesen podido hacer la travesía con ellos, en vez de ir a Bimini dos días más tarde en avión. La mayor parte de su equipaje estaba ya a bordo, pero en el último momento a Kip le salió tener que asistir a una reunión. Naturalmente, Kip no sabía absolutamente nada de náutica, de pilotaje ni de cómo hay que conducir un barco pequeño. Lo mismo le pasaba a Selma. Pero tal vez, si hubieran sido cuatro en vez de dos, no estarían tan...

Al mirar ante sí, desde la cima de una ola, Howard vio muy lejos un objeto blanco. Pero la visión fue demasiado fugaz para determinar lo que era antes de que el barco volviera a deslizarse al seno de dos olas, y el objeto se perdió de vista.

Cuando la embarcación volvió a levantarse, Howard no pudo localizar lo que había visto. Pero la vez siguiente dio

con ello. Junie preguntó:

—Aquello ¿no es un barco pequeño?

—Me parece que sí.

Cogió los gemelos, no pudo enfocar el objeto a la siguiente oleada, pero a la otra sí pudo darle una rápida ojeada.

—Es una canoa pequeña —anunció.

—¿Cómo habrá salido con este tiempo?

La rueda del timón fue girando, mientras el piloto automático iba explorando y corrigiendo. El objeto distante aparecía primero a proa, algo hacia babor y después, hacia estribor, y Howard se dio cuenta de que no se movía. Ensayó el procedimiento que Seguiría para acercarse a él, dio al piloto un nuevo rumbo, cinco grados más hacia el Sur, comprobó el momento en que efectuó el cambio y cuando estuvieron de espaldas al objeto volvió al rumbo anterior dirigiendo el barco diez grados más hacia el Norte, para compensar el tiempo transcurrido y recobró la dirección señalada en la brújula. Tal vez hubiera podido corregir cinco grados, y entonces...

Mostrábase reacio a hacer cambios. Había intentado hacer cuidadosamente algunas alteraciones en las revoluciones por minuto de los motores para ver si esto hacía la travesía más fácil, pero con ello sólo había conseguido aumentar sus temores. Yendo a menor velocidad el barco tenía tendencia a perder el rumbo, y a mayor velocidad lo único que se conseguía era que el ruido ensordecedor producido al descender por la vertiente de las olas resultase aún más pavoroso. Y Howard ni siquiera podía suponer cómo respondería el barco a una pequeña alteración del rumbo. Decidió esperar y ver hasta qué punto podían acercarse a aquella canoa.

La veía cada vez que llegaba a la cima de una ola. Era una lancha de motor de veinte pies de eslora, o tal vez un poco más, de casco liso y bruñido. Los costados eran blancos y el resto de un color azul verdoso, con una tonalidad

algo más clara que el extraño e intenso tono azul del Stream. El sol, que estaba ya muy alto, arrancaba destellos a las guarniciones de metal, a las palancas de mando, a la cromada montura del parabrisas. Parecía flotar ligera, proa al viento moviéndose con gracia sobre las altísimas olas.

Pero no se movía en el agua. Con ayuda de los gemelos, Howard vio que estaba provista de dos motores fuera-borda, ambos levantados. No podía descifrar el nombre. Con el consiguiente alivio vio que, sin alterar el rumbo, la dejaría atrás, a babor, por lo menos a cien pies de distancia. Las fuerzas del viento y del Stream unidas la hacían desviarse hacia el Noroeste.

Junie preguntó:

—¿No deberíamos hacer algo?

—¿Qué quieres que hagamos? Debe de ser un borracho. Ha anclado y está durmiendo la mona. O tal vez se trata de dos jóvenes amantes.

Junie alargó rápidamente el brazo y apretó el pulsador de la sirena, en el panel de los mandos. Aquel sonido, tan potente cuando salían al canal, desde la dársena del Club Náutico, allí pareció débil, insignificante. Howard, fastidiado, apartó bruscamente la mano de Junie.

—Es una barca que está en un apuro, ¿no es así? —le preguntó ella, indignada—. O tal vez una barca abandonada. ¿No debemos hacer algo? ¿Y si hay alguien que está enfermo, por ejemplo con un ataque del corazón?

—Mira, querida, *empezaste* el curso del Power Squadron. Pero no *terminaste* el curso del Power Squadron. Yo sí *terminé* el curso del Power Squadron. Soy yo quien manda y gobierna este barco.

—¡Oh, Dios mío, capitán Bligh, únicamente he querido decir que...

—Por lo que veo, arrastra una especie de cabo que cuelga desde proa. Yo diría que es la maroma del ánora, que se ha desgastado, tal vez en la argolla, de manera que pesa bastante, y a causa de ello mantiene la proa al viento.

Así es como algún tonto descuidado pierde su bonita canoa. Y si intentamos acercarnos, ¿qué pasará? ¿Has pensado en eso? Con esas olas, nos exponemos, al acercarnos, a que una rompa junto a popa de nuestro barco y nos agujeree el casco. ¿Y qué ocurrirá entonces, hijita? ¿Y tú querrías recoger ese cabo con un garfio? ¿Y si a mí me parece una equivocación y lo único que conseguimos es que esa canoa nos abra un agujero? Lo que haré será comunicar su situación y enviarán un helicóptero desde Lauderdale, o un cutter, o algo...

—Pero ese nombre, Howard... *Muñequita* —dijo Junie con cierto esfuerzo—. Es de Brownsville, de Texas.

—Sí, bueno, ¿qué pasa?

—Juraría que he leído algo acerca de esa canoa, o que he oído hablar de ella en algún sitio. Tal vez lo he visto en el periódico... la semana pasada.

—Por amor de Dios, Junie, siempre haces una montaña del grano de arena que encuentras al paso.

—¿Te parece poca cosa encontrar una canoa vacía en medio del océano? ¿Consideras que no es nada?

La embarcación se encontraba frente a ellos, de través, y los dos la contemplaron detenidamente. Junie cogió los gemelos y se aseguró pasando un brazo alrededor del respaldo del asiento del piloto.

—Mira, Howard, es una canoa muy bonita... Parece nueva.

—Voy a comunicarlo —repuso él.

Bajó con cuidado por la escalera de mano previniéndose contra los movimientos del *HoJun* con los que ya se había familiarizado. En la cabina del timón, consultó el cronómetro, calculó la distancia recorrida y, con el compás de división, hizo una pequeña marca en el recorrido efectuado, marcado con lápiz sobre la carta. Trazó una x sobre aquella marca y midió la posición en que se hallaban, la latitud y la longitud en grados y en minutos.